

POETISA ANÓNIMA.

(SIGLO XVII.)

POETISA ANÓNIMA DEL SIGLO XVII.

DISCURSO EN LOOR DE LA POESÍA.

Á DIEGO MEXÍA.

La mano y el favor de la Cirene,
Á quien Apolo amó con amor tierno;
Y el agua consagrada de Hipocrene,

Y aquella lira con que de el Averno
Orfeo libertó su dulce esposa,
Suspendiendo las furias del infierno;

La célebre armonía milagrosa
De aquel cuya testudo pudo tanto,
Que dió muralla á Tebas la famosa;

El platicar süave, vuelto en llanto
Y en sola voz, que á Júpiter guardaba,
Y á Juno entretenía y daba espanto;

El verso con que Homero eternizaba
Lo que del fuerte Aquiles escribía,
Y aquella vena con que lo dictaba,

Quisiera que alcanzaras, Musa mía,
Para que en grave y sublimado verso
Cantaras en loor de la Poesía.

Que ya que el vulgo rústico, perverso
Procura aniquilarla, tú hicieras
Su nombre eterno en todo el universo.

Aquí, Ninfas del Sur, venid ligeras ;
Pues que soy la primera que os imploro,
Dadme vuestro socorro las primeras.

Y vosotras, Pimpleides, cuyo coro
Habita en Helicón, dad largo el paso,
Y abrid en mi favor vuestro tesoro ;

De la agua Medusea dadme un vaso,
Y pues toca á vosotras, venid presto,
Olvidando á Libetros y á Parnaso.

Y tú, divino Apolo, cuyo gesto
Alumbra al orbe, ven en un momento,
Y pon en mí de tu saber el resto.

Inflama el verso mío con tu aliento,
Y en la agua de tu Trípede lo infunde,
Pues fuiste de él principio y fundamento.

¿Mas en qué mar mi débil voz se hunde?
¿A quién invoco? ¿qué deidades llamo?
¿Qué vanidad, qué niebla me confunde?

Si, oh gran Mexía, en tu esplendor me inflamo,
Si tú eres mi Parnaso, tú mi Apolo,
¿Para qué á Apolo y al Parnaso aclamo?

Tú en el Perú, tú en el Austrino polo,
Eres el Delio, el Sol, el Febo santo;
Sé, pues, mi Febo, Sol y Delio sólo.

Tus huellas sigo, al cielo me levanto
Con tus alas : defiende á la Poesía:
Fébada tuya soy, oye mi canto.

Tú me diste preceptos, tú la guía
Me serás, tú que honor eres de España,
Y la gloria del nombre de Mexía.

Bien sé que en intentar esta hazaña
Pongo un monte, mayor que Etna el nombrado,
En hombros de mujer, que son de araña ;

Mas el grave dolor que me ha causado
Ver á Helicon en tan humilde suerte,
Me obliga á que me muestre tu soldado.

Que en guerra que amenaza afrenta, ó muerte,
Será mi triunfo tanto más glorioso
Cuanto la vencedora es menos fuerte.

Después que Dios con brazo poderoso
Dispuso el caos y confusión primera,
Formando aqueste mapa milagroso;

Después que en la celeste vidriera
Fijó los signos, y los movimientos
Del Sol compuso en su admirable esfera;

Después que concordó los elementos
Y cuanto en ellos hay, dando preceto
Al mar que no rompiese sus asientos;

Recopilar queriendo en un sujeto
Lo que criado había, al hombre hizo
Á su similitud, que es bien perfeto.

De frágil tierra y barro quebradizo
Fué hecha aquesta imagen milagrosa,
Que tanto al autor suyo satisfizo;

Y en ella con su mano poderosa
Epilogó de todo lo criado
La suma, y lo mejor de cada cosa.

Quedó del hombre Dios enamorado,
Y dióle imperio y muchas preeminencias,
Por Vicedios dejándole nombrado.

Dotóle de virtudes y excelencias,
Adornólo con artes liberales,
Y dióle infusas por su amor las ciencias.

Y todos estos dones naturales
Los encerró en un don tan eminente,
Que habita allá en los coros celestiales.

Quiso que aqueste don fuese una fuente
De todas cuantas artes alcanzase,
Y más que todas ellas excelente;

De tal suerte, que en él se epilogase
La humana ciencia, y ordenó que el darlo
Á solo el mismo Dios se reservase;

Que lo demás pudiese él enseñarlo
Á sus hijos, mas que este don precioso
Sólo el que se lo dió pueda otorgarlo.

¿Qué don es éste? ¿quién el más grandioso
Que por objeto á toda ciencia encierra,
Sino el metrificar dulce y sabroso?

El don de la poesía abraza y cierra,
Por privilegio dado de la altura,
Las ciencias y artes que hay acá en la tierra.

Esta las comprende en su clausura,
Las perfecciona, ilustra y enriquece
Con su melosa y grave compostura.

Y aquel que en todas ciencias no florece,
Y en todas artes no es ejercitado,
El nombre de poeta no merece.

Y por no poder ser que esté cifrado
Todo el saber en uno sumamente,
No puede haber poeta consumado.

Pero serálo aquel más excelente
Que tuviere más alto entendimiento,
Y fuere en más estudios eminente.

Pues ya de la Poesía el nacimiento
Y su primer origen ¿fué en el suelo?
¿Ó tiene aquí en la tierra el fundamento?

Oh Musa mía, para mi consuelo
Dime dónde nació, que estoy dudando.
¿Nació entre los espíritus del cielo?

Éstos á su Criador reverenciando
Compusieron aquel Trisagros trino,
Que al trino y uno siempre están cantando.

Y como la poesía al hombre vino
De espíritus angélicos perfetos,
Que por conceptos hablan de continuo,

Los espirituales, los discretos
Sabrán más de poesía, y será ella
Mejor mientras tuviere más concetos.

De esta región empírea, santa y bella
Se derivó en Adán primeramente,
Como la lumbre Déléfica en la estrella.

¿Quién duda, que advirtiéndolo allá en la mente
Las mercedes que Dios hecho le había
Porque le fuese grato y obediente,

No entonase la voz con melodía,
Y cantase á su Dios muchas canciones,
Y que Eva alguna vez le ayudaría:

Y viéndose después entre terrones,
Comiendo con sudor por el pecado,
Y sujeto á la muerte y sus pasiones ;

Estando con la reja y el arado,
Que elegías compondría de tristeza,
Por verse de la gloria desterrado?

Entró luego en el mundo la rudeza
Con la culpa; hinchieron las maldades
Al hombre de ignorancia y de bruteza:

Dividiéronse en dos parcialidades
Las gentes; siguió á Dios la más pequeña,
Y la mayor á sus iniquidades.

La que siguió de Dios el bando y seña,
Toda ciencia heredó, porque la ciencia
Fundada en Dios al mismo Dios enseña.

Tuvo también y en suma reverencia
Al don de la Poesía, conociendo
Su grande dignidad y su excelencia.

Y así el dichoso pueblo, en recibiendo
De Dios algunos bienes y favores,
Le daba gracias, cantos componiendo.

Moisés, queriendo dar sumos loores,
Y la gente hebrea, á Dios eterno,
Por ser de los egipcios vencedores,

El cántico hicieron dulce y tierno
(Que el Éxodo celebra) relatando
Cómo el rey Faraón bajó al Infierno.

Pues ya cuando Jahel privó del mando
Y de la vida á Sisara animoso,
Á Dios rogando y con el mazo dando,

¡Qué poema tan grave y sonoro
Barác el fuerte y Débora cantaron,
Por ver su pueblo libre y victorioso!

La muerte de Goliat celebraron
Las matronas con versos de alegría,
Cuando á Saúl con ellos indignaron.

El rey David sus salmos componía,
Y en ellos del gran Dios profetizaba;
¡De tanta majestad es la poesía!

Él mismo los hacía y los cantaba;
Y más que con retóricos extremos
Á componer á todos incitaba.

«Nuevo cantar á nuestro Dios cantemos
(Decía), y con templados instrumentos
Su nombre bendigamos y alabemos.

»Cantadle con dulcísimos acentos,
Sus maravillas publicando al mundo,
Y en él depositad los pensamientos.»

También Judit, después que al tremebundo
Holofernes cortó la vil garganta,
Y morador lo hizo del profundo,

Al cielo empíreo aquella voz levanta,
Y dando á Dios loor por la victoria,
Heroicos y sagrados versos canta.

Y aquellos que gozaron de la gloria
En Babilonia estando en medio el fuego,
Menospreciando vida transitoria,

Las voces entonaron con sosiego,
Y con metros al Dios de las alturas
Hicieron fiesta, regocijo y juego.

Job sus calamidades y amarguras
Escribió en verso heroico y elegante;
Que á veces un dolor brota dulzuras.

Á Jeremías dejo, aunque más cante
Sus Trenos numerosos, que ha llegado
Al Nuevo Testamento mi discante.

La madre del Señor de lo criado
¿No compuso aquel canto que entenece
Al corazón más duro y obstinado?

«Á su señor mi ánima engrandesce,
Y el espíritu mío de alegría
Se regocija en Dios y le obedesce.»

¡Oh dulce Virgen, ínclita María!
No es pequeño argumento y gloria poca
Esto para estimar á la Poesía:

Que basta haber andado en vuestra boca
Para darle valor, y á todo cuanto
Con su pincel dibuja, ilustra y toca.

¿Y qué diré del soberano canto
De aquel á quien, dudando allá en el templo,
Quitó la habla el Paraninfo santo?

Á ti también, oh Simeón, contemplo,
Que abrazado al *Jesús* con brazos píos,
De justo y de poeta fuiste ejemplo.

El Hosanna cantaron los judíos
Á aquel á cuyos miembros con la lanza
Después dejaron de calor vacíos.

Mas ¿para qué mi musa se abalanza
Queriendo comprobar cuánto á Dios cuadre
Que en metro se le dé siempre alabanza?

Pues vemos que la Iglesia nuestra madre
Con salmos, himnos, versos y canciones
Pide mercedes al Eterno Padre.

De aquí los sapientísimos varones
Hicieron versos griegos, y latinos,
De Cristo, de sus obras y sermones.

Mas ¿cómo una mujer los peregrinos
Metros del gran Paulino y del hispano
Juvenco alabaré siendo divinos?

De los modernos, callo á Mantüano,
Á Fiera, á Sannazaro, y dejo á Vida,
Y al honor de Sevilla Arias Montano.

De la parcialidad que desasida
Quedó de Dios, negando su obediencia,
Es bien tratar, pues ella nos convida.

Esta, pues, se apartó de la presencia
De Dios, y así quedó necia, ignorante,
Bárbara, ciega, ruda y sin prudencia.

Seguía su soberbia el arrogante,
Amaba la crueldad el sanguinoso,
Y el avariento al oro rutilante.

Era Dios la lujuria del vicioso,
Adoraba el ladrón en la rapiña,
Y al honor daba incienso el ambicioso.

No había deidad ni ley divina,
Si no era el propio gusto y apetito,
Por carecer de ciencias y doctrina.

Mas el eterno Dios incircunscrito,
Por las causas que al hombre son secretas,
Fué reparando abuso tan maldito.

Dió al mundo (indigno de esto) los poetas
Á los cuales filósofos llamaron,
Sus vidas estimando por perfetas.

Éstos fueron aquellos que enseñaron
Las cosas celestiales, y la alteza
De Dios por las criaturas rastrearon :

Éstos mostraron de naturaleza
Los secretos ; juntaron á las gentes
En pueblos, y fundaron la nobleza.

Las virtudes morales excelentes
Pusieron en precepto ; y el lenguaje
Limaron con sus metros eminentes.

La brutal vida, aquel vivir salvaje
Domesticaron, siendo el fundamento
De policía en el contrato y traje.

De esto tuvo principio y argumento
Decir que Orfeo con su voz mudaba
Los árboles y peñas de su asiento:

Mostrando que los versos que cantaba,
Fuerza tenían de mover los pechos
Más fieros que las fieras que amansaba.

Conoció el mundo en breve los provechos
De este arte celestial de la Poesía,
Viendo los vicios con su luz deshechos.

Creció su honor, y la virtud crecía
En ellos, así el nombre de poeta
Casi con el de Jove competía.

Porque este ilustre nombre se interpreta
Hacedor, por hacer con artificio
Nuestra imperfecta vida más perfeta;

Y así el que fuere dado á todo vicio
Poeta no será, pues su instituto
Es deleitar, y doctrinar su oficio.

¿Qué puede doctrinar un disoluto ?
¿Qué pueden deleitar torpes razones ?
Pues sólo está el deleite do está el fruto.

Tratemos, Musa, de las opiniones
Que del poema angélico tuvieron
Las griegas y romúlidas naciones.

Las cuales como sabias entendieron
Ser arte de los cielos descendida,
Y así á su Apolo dios la atribuyeron.

Fué en aquel siglo en gran honor tenida,
Y como don divino venerada,
Y de muy poca gente merecida.

Fué en montes consagrados colocada,
En Helicón, en Pimpla y en Parnaso,
Donde á las Musas dieron la morada.

Fingieron que si al hombre con su vaso
No infundían el metro, era imposible
En la poesía dar un solo paso.

Porque aunque sea verdad que no es factible
Alcanzarse por arte lo que es vena,
La vena sin el arte es irrisible.

Oid á Cicerón cómo resuena
Con elocuente trompa en alabanza
De la gran dignidad de la Camena.

El buen poeta (dice Tulio) alcanza
Espíritu divino, y lo que asombra
Es darle con los dioses semejanza.

Dice que el nombre de poeta es s6mbra,
Y tipo de deidad santa y secreta;
Y que Ennio 6 los poetas santos nombra.

Arist6teles diga qu6 es poeta:
Plinio, Estrab6n, y d6ganoslo Roma,
Pues da al poeta nombre de profeta.

Corona de laurel, como al qu6 doma
B6rbaras gentes, Roma conced6a
6 los que en verso honraban su idioma.

D6bala al vencedor porque venc6a,
Y d6bala al poeta artificioso
Porque 6 vencer, cantando, persuad6a.

¡Oh tiempo veces mil y mil dichoso
(Digo dichoso en esto), pues que fuiste
En el arte de Apolo tan famosol

¡Cu6n bien sus excelencias conociste,
Con cu6nto acatamiento la estimaste,
En qu6 punto y quilate la pusiste!

6 los doctos poetas sublimaste,
Y 6 los que fueron m6s inferiores
En el olvido eterno sepultaste.

De monarcas, de reyes, de se6ores,
Sujetaste los cetros y coronas
Al arte, la mayor de las mayores.

Y siendo aquesto as6, ¿por qu6 abandonas
Ahora 6 la que entonces diste el lauro,
Y levantaste all6 sobre las zonas?

De el Nilo al Betis, del Polaco al Mauro
Hiciste le pagasen el tributo,
Y la encumbraste sobre Ariete y Tauro.

6 Julio C6sar vimos (por quien luto
Se puso Venus, siendo muerto 6 manos
De el Bruto en nombre, y en los hechos bruto)

En cu6nta estima tuvo al soberano
Metrificar, pues de la negra llama
Libr6 6 Mar6n, el docto Mant6ano.

Y en honor de Cal6ope su dama
Escribi6 6l mismo la sentencia en verso,
Por quien vive la *Eneida* y tiene fama.

Y el Macedonio que de el universo
Gan6 tan grande parte, sin que ag6ero
Le fuese en algo 6 su opini6n adverso;

No contento con verse en sumo impero,
De el hijo de Peleo la memoria
Envidi6, suspirando por Homero.

No tuvo envidia del valor y gloria
Del griego Aquiles, mas de que alcanzase
Un tal poeta y una tal historia;

Considerando que aunque sujetase
Un mundo y mundos, era todo nada,
Sin un Homero que lo celebrase.

La *Iliada*, su dulce enamorada,
En paz, en guerra, entre el calor 6 el fr6o
Le serv6a de espejo y de almohada.

Present6ronle un cofre en que Dar6o
Guardaba sus ung6entos, tan precioso
Cuanto explicar no puede el verso m6o.

Viendo Alejandro un cofre tan costoso,
Lo acept6, y dijo: «Aqueste s6lo es bueno
Para guardar 6 Homero el sentencioso.»

Poniendo á Tebas con sus armas freno,
A la casa de Píndaro y parientes
Reservó del rigor de que iba lleno.

Siete ciudades nobles, florecientes,
Tuvieron por el ciego competencia;
Que un buen poeta es gloria de mil gentes.

Apolo en Delfos pronunció sentencia
De muerte contra aquellos que la dieron
Á Arquíloco, un poeta de excelencia.

A Sófocles sepulcro honroso abrieron
Los de Lacedemonia, por mandado
Expreso que de el Bromio dios tuvieron.

Mas ¿para qué en ejemplos me he cansado,
Por mostrar el honor que á los poetas
Los dioses y las gentes les han dado,

Si en las grutas del Báratro secretas
Los demonios hicieron cortesía
Á Orfeo por su arpa y chanzonetas?

No quiero explique aquí la Musa mía
Los Latinos, que alcanzan nombre eterno
Por este excelso don de la Poesía;

Los cuales con su canto dulce y tierno
Á sí y á los que en metro celebraron
Libraron de las aguas del Averno.

Sus nombres con su pluma eternizaron,
Y de la noche del eterno olvido
Mediante sus vigiliás se escaparon.

Conocido es Virgilio, que á su Dido
Rindió al amor con falso disimulo,
Y el tálamo afeó de su marido.

Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,
Marcial, Valerio, Séneca, Aviéno,
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo,

Y tú, oh Ovidio, de sentencias lleno,
Que aborreciste el foro y la oratoria
Por seguir de las nueve el coro ameno.

Y olvido al español que, en dulce historia,
El Farsálico encuentro nos dió escrito
Por dar á España con su verso gloria.

Pero ¿dó voy, á dó me precipito?
¿Quiero contar del cielo las estrellas?
Quédese; que es contar un infinito.

Mas será bien, pues soy mujer, que de ellas
Diga mi Musa si el benigno cielo
Quiso con tanto bien engrandecellas.

Soy parte, y como parte me recelo
No me ciegue afición; mas diré sólo
Que á muchas dió su lumbre el dios de Delo.

Léase Policiano, que de Apolo
Fué un vivo rayo, el cual de muchas canta,
Divulgando su honor de polo á polo.

Entre muchas, oh Safo, te levanta
Al cielo, por tu metro y por tu lira,
Y también de Damófila discanta.

Y de ti, Pola, con razón se admira,
Pues limaste á Lucano aquella historia,
Que á ser eterna por tu causa aspira.

Dejemos las antiguas: ¿con qué gloria
De una Proba Valeria, que es romana,
Hará mi lengua rústica memoria?